

LAUREN KATE



La historia
de Ander



LA ÚLTIMA LÁGRIMA

Lauren Kate

La historia de Ander

Traducción de
Noemí Risco Mateo

ellas.
montena

www.megustaleerebooks.com

Hoy cumplo dieciocho años. Mañana habré renunciado al amor.

Es absurdo. Nunca he besado a una chica ni tampoco le he pedido a ninguna que salga conmigo. Nunca he tenido el valor para poner una mano en la cintura de una joven. Nunca he bailado pegado a otra persona, nunca he coqueteado en un pasillo ni me he burlado de nadie para salir luego corriendo.

Y, sin embargo, mañana, cuando renuncie al amor, todo cambiará. Seguiré siendo el mismo Ander —rubio y pálido, inmune a las enfermedades, capaz de adaptarme a cualquier ambiente—, pero ya no seré el mismo. No seré el que soy ahora.

Porque desde que conozco a Eureka, mi amor por ella ha dado significado a mi vida. Y aunque no sabe de mi existencia, yo sí que sé de la suya desde hace mucho tiempo. Mi secreto morirá esta noche en el bosque, junto a miles de pequeñas pasiones. El Paso es lo importante, no la vida que dejo atrás.

Mi tío llama a la puerta y me sobresalto. Sin esperar, entra en mi habitación, a oscuras.

—¿Has hecho el equipaje?

Albi3n baja la persiana de la ventana que hay encima de mi cama, borrando el cuchillo de luz de luna que estaba partiéndome el pecho en dos.

Albi3n enfría las habitaciones. Como todos mis parientes, no hace ruido al moverse. No tiene olor. Su voz es clara, pero de alg3n modo no altera el silencio. Tan solo su silueta y su temperatura me confirman que no estoy soñando que est3 aqu3. Tiro m3s de la manta.

En la cama gemela que hay al otro lado de la habitaci3n, mi otro tío, Critias, se estira r3gidamente y se incorpora. Su cuerpo desnudo es musculoso y fuerte. No cabe duda de que es m3s joven que Albi3n, aunque ambos tienen miles de ańos.

Albi3n mira a Critias.

—Aún no ha hecho las maletas, ¿verdad?

—¿Has hecho el equipaje? —me pregunta Critias.

—S3, ya est3.

Echo un vistazo a la mochila que llevo meses llenando poco a poco. No es m3s que una noche en el bosque, pero llevar3 conmigo toda mi infancia para luego abandonarla all3.

—Levántate, entonces. En marcha —dice Albi3n.

Sobre un tabl3n inclinado entre su cama y la pared, Critias est3 haciendo sus cien flexiones habituales.

—Feliz cumpleańos —me dice al llegar a la n3mero cincuenta y tres.

El Paso es un paseo ritual por el bosque. Entras siendo un nińo y sales siendo un hombre. Todos los miembros de mi familia pasamos por este rito la noche que cumplimos dieciocho ańos. Cuando complete el Paso, ser3 un Portador de la Siente, como las t3as y los t3os que me criaron. Conocer3 los secretos que siempre han girado a mi alrededor, unos vapores que hasta ahora me han prohibido inhalar. Comenzar3 a vivir eternamente.

Mi perro Shiloh duerme a los pies de la cama. Cuando me levanto, me empuja suavemente con su hocico h3medo y le froto la coronilla a manchas.

—Yo tambi3n te echar3 de menos.

—Shiloh te acompańar3.

Critias se pone el su3ter en la oscuridad.

Durante unos segundos me siento euf3rico, hasta que recuerdo las normas.

—¿Por qu3 viene conmigo?

Critias da vueltas en su muñeca a un reloj plateado y roto.

—Ya sabes por qu3.

Cierro los ojos de dolor.

—Basta —espeta Critias. Y eso que 3l es mi pariente m3s amable—. Te espero en el coche.

En la cocina en penumbra, mis t3as Cora y Estornino discuten sobre qu3 marca de ratonera es mejor. Estornino es esbelta y delicada. Cora es m3s baja y corpulenta. Sus rostros, como los de mis t3os, son f3ciles de olvidar.

Nunca encendemos las luces. Dejamos siempre las persianas bajadas. Vivimos en el extremo noroeste de Lafayette, en una granja abandonada, cerca de un trigal descuidado. Desde la carretera nuestra casa no se ve. Nadie sabe que vivimos aqu3.

—He preparado el pastel.

Estornino seńala una masa irregular encima de la mesa. Est3 tapada con papel de aluminio y alguien ha pegado encima una cajita de velas.

—¿Tienes hambre? —pregunta Cora.

Una salchicha de caim3n chisporrotea en la sart3n detr3s de ella.

—No.

No quiero quitarme la pesada mochila para luego tener que volver a pon3rme la. Ya noto calambres en los hombros.

—Ser3 mejor que te pongas en camino. —Estornino mete un paquete de lona en mi mochila, ańadiendo m3s carga—. El saco de dormir. Bocadoillos. Repelente de insectos. Iniciador de fuego.

—Y el pastel.

Cora me lo pasa como si fuera un quarterback.

Mis t3as me miran atentamente; me pregunto si est3n pensando en sus propios Pasos, hace siglos. ¿A qu3 martirios privados tuvieron que renunciar? ¿Qu3 pasiones conocieron cuando estuvieron al otro lado?

—Hasta mańana —se despiden al un3sono.

El motor del coche lleva media hora en funcionamiento. El tubo de escape despide gases oscuros y Critias ya est3 esperando en el asiento del conductor. Por su expresi3n serena, s3 que est3 escuchando un debate radiof3nico a gritos en la AM. Shiloh sale de casa pegado a mi lado, entusiasmado por acompańarme. Dejo la mochila y el pastel en el maletero.

Dentro del veh3culo hace calor. Shiloh lame la ventana. Un sol gris empieza a asomar entre los cipreses detr3s de la granja y me hace pensar en el momento en que me escap3 de casa. Ten3a ocho ańos y Albi3n me acababa de contar la raz3n por la que deb3 fijarme en Eureka.

«Un d3a t3 ser3 el que la detenga, y el mundo te atribuir3 su salvaci3n. Para siempre.»

Recuerdo lo mal que me sent3 y quise huir de aquel destino, pero solo llegu3 a los brazos indiferentes de un viejo cipr3s en los l3mites de nuestro patio. Me qued3 all3 una larga noche por culpa de una imaginaci3n malnutrida a la que no se le ocurr3a ning3n otro sitio adonde ir.

Mientras mi familia me buscaba, hubo un momento en que o3 decir a Estornino:

—¿Y si nos abandona como el 3ltimo?

—3l no es como el 3ltimo —me lleg3 la respuesta calmada de Albi3n.

Tenía razón. Bajé del árbol para cenar. Nunca me dijeron quién fue el último y yo preferí no preguntar.

Un golpecito en la ventanilla me saca de mi ensimismamiento. Critias apaga la radio y yo bajo la ventana. El rostro de Albión aparece recortado en la oscuridad. Me entrega un sobre grande y grueso. Nunca he recibido una tarjeta de cumpleaños. Paso el pulgar por la solapa, pero me detengo cuando Albión me da una bofetada. Respiro con fuerza. Un mar rojo me inunda los ojos.

—Ábrelo mañana. Dentro hay cosas que sabes, pero no crees saber. —Albión mira a Shiloh—. Lo primero que harás es deshacerte del perro.

Trago saliva y no miro a nadie.

Critias arranca.

—Esto no es un juego, Ander —me advierte Albión, como si alguna vez yo hubiera jugado a alguno.

El viaje a Kisatchie dura dos horas. He acampado allí dos veces, pero nunca solo. Estoy planteándome escaparme por segunda vez cuando Critias toma un camino equivocado.

—Te has pasado la rampa.

Critias mira hacia delante.

—Quiero enseñarte algo.

Conduce hacia el centro de la ciudad por unas callejuelas y se mete en el aparcamiento del Pancake Barn. Sé por qué estamos aquí.

Porque ella está aquí.

Eureka está sentada a una mesa junto a la ventana, con su madre. Es tan preciosa que no puedo respirar. Lleva un suéter dorado, como su pelo. Los ojos le brillan de emoción cuando habla, y las manos no le paran quietas. Su madre consigue coger el zumo de naranja de Eureka justo antes de que se derrame.

Eureka es graciosa. Riéndose, Diana levanta la mano para suplicar que la deje al menos tragar. No puedo evitar ladear la cabeza un poco, embelesado como un pájaro salvaje.

Una camarera les lleva un bote de nata montada y Eureka se echa una montaña blanca sobre las tortitas del desayuno. La he visto hacerlo muchas veces, como un ángel creando una nube sobre una isla. Me pregunto si las nubes sabrán a nata montada para los ángeles. Eureka lame el tenedor.

Saluda a alguien que hay junto a la puerta. Se levanta de un salto de la mesa. El chico de pelo castaño se acerca. Noto el sudor en la frente cuando Eureka abraza a Brooks y se aparta para dejarle espacio en el banco de su mesa. Él coge su tenedor como si fuera suyo. Quiero matarlo.

—Dime lo que ves —dice Critias.

Resplandor.

Sentido.

—Peligro —respondo.

Critias asiente.

—Te sentirás distinto respecto a tu misión con la chica cuando regreses.

«No lo creo», pienso, aunque con la esperanza de que mi tío tenga razón. El amor no correspondido es el peor sufrimiento que he conocido. Tal vez el Paso me libere. O quizá, me temo, me elevaré por encima de todo deseo—de toda emoción intensa en cualquier momento de mi vida— y aun así no encontraré la fuerza necesaria para reducir mi amor por ella.

Critias se humedece los labios.

—«Sentir» no es la palabra adecuada. Simplemente será diferente.

—Pero mi ser está lleno de sentimientos.

Critias vuelve a poner el coche en marcha.

—Mañana lo entenderás.

La noche cae temprano y se cierra otro día. Eureka está en mi mente como una zona soleada en invierno. De vez en cuando, el recuerdo de su cara de esta mañana me distrae de la carga que llevo.

En el anochecer gris pardusco, Shiloh me guía por el serpenteante bayou, más allá del follaje de los robles, hacia una noche tranquila y estrellada. Me sorprende que me sorprenda la oscuridad que se extiende ante mí.

Shiloh se sacude y me mira. «¿En qué dirección?»

No sé dónde estamos. Poco a poco mi vista se va adaptando y advierto unos árboles que rodean un pequeño claro. Es un sitio tan bueno como otro cualquiera para acampar. Aunque todo está mojado, empiezo a coger leña. El aire es cortante, como si pudiera romperse en pedazos y convertirse en un arsenal de cuchillos.

En mi mente veo a Eureka en el restaurante. Su cabeza cayendo hacia atrás, los ojos cerrados con fuerza y la boca entreabierta. ¿Qué la hacía reírse así? Quizá estaba riéndose porque era el último día que iba a amarla. O quizá estaba riéndose de mí y de todo lo que he hecho.

Maldigo a Critias mientras dejo caer la madera húmeda en la tierra mojada. Mi tío no podía saber lo que estaba haciendo, que consumiría su imagen hasta que ella me consumiera, hasta que desapareciera en la oscuridad como una cerilla que se apaga. Solo ahora oigo el sonido taladrante de un pájaro carpintero por aquí cerca y el chapoteo del bayou, más abajo.

No recuerdo que ninguno de mis tíos haya hablado abiertamente de lo que ocurre en el Paso. Pero siempre he sabido lo que sucede: una renuncia al placer, a los recuerdos más preciados, a cualquier cosa o cualquier persona que despierten la más mínima dependencia.

Mañana, cuando me presente ante mi familia completamente liberado, me contarán los secretos de los Portadores de la Simiente. Ya no tendrán nada más que esconder.

Critias me ha dado un mapa que señala el lugar donde se supone que debo reunirme con ellos. Está a treinta y dos kilómetros de donde me ha dejado. Me pregunto por qué corro en su dirección cuando siempre he querido escapar de ellos.

—Los idiotas de esta ciudad —había dicho Albión en la cena— se dicen unos a otros: «Pídele un deseo a una estrella, sé un tonto, persigue tus sueños».

¿Cómo iba a perseguir mis sueños? Estoy igual de perdido ahora que a los ocho años.

En la oscuridad me acuerdo del iniciador de fuego que Cora me ha dado. Tiro el leño artificial sobre los troncos húmedos y enciendo el envoltorio amarillo, pero el fuego no prende en la madera. Me froto las manos, furioso, hasta que recuerdo que una vez oí a Albión susurrarle al fuego que se resistía: «Los Portadores de la Simiente manejan el viento».

Con cuidado, soplo hacia la llama.

El bucle naranja danza de un tronco húmedo a otro. He encendido un fuego que creía imposible de prender. Me río, lo que provoca un gran estallido de llamas. Shiloh salta alrededor de la conflagración, contento de que algo me haga feliz y de que algo le caliente.

Nunca me había sentido con la libertad de probar este tipo de poder, ya sea porque hubiera gente normal cerca o porque hubiera una persona mayor a mi lado con más experiencia. Por primera vez me siento a gusto solo. Inhalo, exhalo y manipulo el fuego con mi respiración, como si fuera un quemador de la cocina.

Dejo el fuego rugiendo y abro una lata de judías. La coloco sobre una piedra cerca de las llamas. Shiloh se pone cómodo a mi lado, enroscándose alrededor de mi pierna. Suspira y apoya la barbilla en mi regazo. Me rasco la cabeza y recuerdo que no volveremos a pasar una noche juntos.

Saco la pierna de debajo de él, pero vuelve a acurrucarse junto a mí. Un sentimiento oscuro está naciendo en mi interior. Quiero que se marche. Quiero olvidar que alguna vez lo quise. La necesidad es tan imperiosa que comienzo a temblar. Le doy a Shiloh las judías para que me dé asco ver cómo come. Devora descuidadamente el contenido de la lata, la lame durante un rato y regresa a mi lado.

—Vale. —Me trago el familiar «amigo» antes de que se articule completamente en mi garganta—. Ha llegado el momento de irse.

Shiloh se levanta sobre sus cuartos traseros para sentarse a mis pies. Tiene la columna vertebral erguida y los ojos alerta. Las orejas están levantadas porque el tono de mi voz sugiere una orden.

Ha llegado el momento, pero no sé de qué.

—Vamos.

Señalo hacia el bosque negro.

Shiloh se queda mirándome con sus enormes ojos marrones. Al cabo de unos segundos, se tumba y me pone la pata en la rodilla.

La aparto y me levanto.

—Lárgate de aquí. —Agito las manos para ahuyentarlo—. Ya no eres mi perro. No soy tu dueño. Estás solo. —Hago una pausa—. Eres libre.

Gimotea, recorre un pequeño círculo y vuelve a sentarse.

—He dicho que te vayas.

Levanto el pie como si fuera a darle una patada, pero no se aparta. Espera un momento y luego empieza a lamerme los dedos temblorosos. La oscuridad naciente se disipa. Me pregunto si mi familia sabía lo que iba a costarme abandonar a este perro. Me pregunto si quieren que lo mate para que deje de seguirme.

—Muy bien —le digo—. Una noche más.

Recuperamos nuestras posiciones: extendiendo las piernas hacia el fuego y Shiloh se tumba sobre mi regazo. Cojo mi mochila y abro la cremallera.

Veo dentro la desgastada manta azul con la que dormía cuando era pequeño y la pelota de béisbol con la que, una tarde tras otra, aprendí a jugar solo en nuestro patio trasero. También hay un álbum de fotos que debió de hacer una de mis tías. No lo había visto antes, aunque soy el único que aparece en las imágenes.

De bebé, de pequeño, de joven... siempre solo. Nadie me enseñó a sonreír, así que no sonrío en ninguna fotografía. El álbum es corto y da la impresión de serlo mucho más por las numerosas páginas en blanco que quedan allí donde debería continuar la vida.

Saco las cartillas con las que aprendí a leer y a escribir. Encuentro una baraja de cartas con mujeres desnudas y una carabina de aire comprimido que usaba para disparar a las palomas, los petirrojos y las ardillas. Encuentro el único CD que he tenido, uno grabado, de Bunk Johnson, que descubrí en un contenedor de un mercadillo de segunda mano. Lo escuché una vez en el coche de Critias cuando mis tías y mis tíos estaban durmiendo.

Se supone que he de encargarme de estas cosas.

Arrojo mi infancia a la hoguera. Observo el crepitar del fuego e inhalo el olor a plástico quemado. No siento nada.

Lo que me preocupa es lo que llevo en el fondo de la mochila. Me sentiría abatido o algo peor si mis tíos lo encontraran, sobre todo después del Paso. Tengo que deshacerme de todo eso esta noche.

Saco el peto dorsal de Eureka de una 10K que ganó el verano pasado. Cuando se lo quitó en la línea de meta, el viento lo arrastró en mi dirección. Me lo metí en el bolsillo antes de que me viera alguien. Conservaba el calor de su cuerpo y ahora era mío. Aún tiene los imperdibles sujetos al número 102.

Encuentro el recibo de la gasolinera en la que me atreví a ponerme detrás de ella en la cola para pagar. Tenía la mitad del pelo metido por dentro de la camiseta y la otra cayendo por sus hombros. Se me aceleró el corazón cuando, evitando mirar a los ojos del cajero, cogí el recibo del mostrador para metérmelo en el bolsillo.

«West Lafayette Stop-N-Go. Cajero: Macy. Hora: 13.34. Caramelos de manzana. \$1,03.»

Saco una camiseta donde pone «The Faith Healers», un grupo de música de su instituto. La encontré en el local del Ejército de Salvación, una camiseta imperio en la que hay escritos los lugares y las fechas de los conciertos locales con un rotulador permanente. La robé para ponérmela cuando estuviera cerca de ella, pero nunca lo hice. Ahora me doy cuenta de lo ridículas que eran mis fantasías al pensar que por llevar esa camiseta podría entablar una conversación con ella:

—Eh, me encanta ese grupo.

—¿En serio? A mí también.

—¿Se te ha encogido la camiseta en la secadora o algo así?

—No, es que me gusta llevar las camisas de tirantes dos tallas más pequeñas.

Estas tres cosas son las únicas que tengo de la chica a la que amo. Las sostengo contra el pecho unos instantes antes de arrojarlas al fuego: el recibo desaparece, el peto queda envuelto en llamas y la camiseta se reduce a cenizas. Pero mi amor por ella persiste.

Hay un último objeto en mi bolsa, uno que para mí es reemplazable e irremplazable a la vez. Existen millones de copias, pero ninguna como la que tengo entre mis manos: un ejemplar usado de *El gran Gatsby*, la única historia que soporto leer.

Gracias a este libro fue como supe que amaba a Eureka. En sus páginas encuentro las palabras de lo que ella me provoca. Y cuando lo cierro, siento un dolor espantoso al volver a la realidad.

Me viene a la mente el comentario desconcertante de Albión: «No es como el último».

¿Quién?

Quemo a Gatsby lentamente, alimentando poco a poco las llamas. Recito las últimas palabras de la novela mientras se queman: «Así seguimos, golpeándonos, barcos contracorriente, devueltos sin cesar al pasado».

A partir de ahora se espera que inicie un futuro eterno, libre de preocupaciones como envejecer o la muerte. Pero yo solo veo páginas en blanco que desaparecen. Veo un pasado que no entiendo girando sin palabras alrededor de ella.

El fuego pierde fuerza. Hace frío, está oscuro y yo he fracasado. Si hubiera podido renunciar a mi amor por ella, el resto se habría desvanecido fácilmente. Pero es un árbol cuyas raíces abrazan el centro de mi ser. No se puede arrancar. Se sujeta a todo lo demás, haciendo imposible no amarla.

Me acuerdo del pastel. Quito el papel de aluminio y saco las velas de la caja. Las clavo en la tarta y las enciendo. Me quedo mirándolas hasta que las llamas rozan el glaseado. Lleno los pulmones de aire, soplo con todas mis fuerzas y deseo que mi familia no se dé cuenta de que mi Paso ha sido una mentira.

La fuerza de mi aliento me sobrecoge al ver que incluso apaga la hoguera y arranca de cuajo las ramas de los árboles más cercanos. Lanzo al bayou un tocón pelado de ciprés que produce un sonido cenagoso al caer.

Rendido en la oscuridad, me acerco al perro, que no tiene intención de marcharse, y me quedo dormido.

Es de noche. Estoy en un desierto rodeado de dunas de más de treinta metros de altura. Un pájaro enorme vuela en lo alto, recortado contra la luna. Oigo el ligero sonido de unos pies descalzos en la arena, detrás de mí.

Me doy la vuelta para verla. Aunque está muy lejos, oigo el roce de su ropa y el peso de su cuerpo sobre la arena.

Conforme se acerca, su rostro se va transformando. Las arrugas alrededor de los ojos se vuelven más profundas y aparecen canas en su pelo. Hace un rato tenía diecisiete años, y ahora parece tener setenta.

Cuando llega hasta mí está encorvada y débil. La reconozco enseguida. Es mi Eureka, aunque está a punto de morir. Abre la boca para hablar.

Las cenizas se vierten en una corriente infinita.

Me despierto. Tres cuervos atraviesan el cielo rosado por encima de mí. Tengo el cuerpo agarrotado y tardo unos instantes en recordar dónde estoy. El campamento parece haber sido azotado por una fuerza más devastadora que la de un simple chico soplando unas velas. Los troncos negros están esparcidos por la hierba resbaladiza.

Me doy la vuelta a tiempo de ver a un mapache corriendo con los restos de mi pastel.

A veces miro a la gente y me pregunto si tienen miedo a morir. Mi familia habla de la edad con lástima y desdén: los viejos están enfermos, son débiles y patéticos. Mis tías apartan la mirada de los ancianos con andadores o de las mujeres en sillas de ruedas, como si fuera un espectáculo vergonzoso que nadie debería ver.

Me pregunto si esas personas mayores harían el trato que se supone que debería haber hecho ayer por la noche. «Deja de sentir y conseguirás vivir eternamente.» ¿Lo haría Eureka?

Shiloh se mueve y suspira a mi lado mientras sueña que persigue algo. Es lo más parecido que tengo a un hogar, más que cualquier otra cosa en esa triste granja a la que regresaré sin él. Pongo la cabeza cerca de la suya y nos quedamos mirándonos a los ojos. Tiene que marcharse porque mi corazón tiene que alejarse. Y pronto, puesto que el punto de encuentro está a un día de camino, y mi familia siempre es puntual.

Rebusco en el paquete que Cora metió en mi mochila y encuentro dos sándwiches de jalea y crema de cacahuete, una bolsa de patatas fritas, dos botellas de refresco y otra lata de judías. No tengo apetito, pero al menos un sándwich me dará energía. Me obligo a comerme uno y le doy las judías a Shiloh. Engullimos despacio mientras contemplamos el amanecer y escuchamos el suave oleaje del bayou.

Noto algo rígido en el bolsillo del abrigo y recuerdo la sensación de escozor que me dejó la bofetada de Albión en la mejilla cuando pasé el pulgar por la solapa del sobre.

No es una tarjeta. Son tres.

Son el doble de grandes que un naipe y mucho más resistentes. Están pintadas a mano con colores vivos. Parecen antiguas y bien hechas. En el dorso comparten el mismo diseño: sobre un fondo plateado metálico, una figura azul sostiene una lanza apuntando hacia abajo. Es la insignia original del Portador de la Simiente, que simboliza la promesa más importante de mi familia: «Mantén al enemigo bajo el mar».

Dejo las tarjetas boca arriba, en fila, sobre mi saco de dormir. En la primera, dos triángulos —uno azul como las profundidades del océano y el otro con las tonalidades pastel del cielo a primera hora de la mañana— colocados uno encima del otro forman un único triángulo alargado, en medio del cual está pintado el número seis en un azul oscuro y brillante.

«Cosas que sabes, pero no crees saber», dijo Albión.

Cora empieza a cocinar todas las noches espolvoreando seis granos de sal en la sartén. Albión medita seis veces al día. Sin saber por qué, siempre he pensado que el seis era mi número de la suerte. Tiene un poder tácito en mi familia, un secreto a voces que lo determina todo.

La siguiente tarjeta muestra una corona negra en la parte superior y una lápida negra en la inferior. En el centro, unas gruesas líneas curvadas se asemejan a una ola del mar. Una se curva hacia arriba, a la derecha, y la otra baja profundamente a la izquierda, conectando la corona con la lápida. Las lápidas por lo general representan la muerte, pero ¿y la corona?

Mis ojos se dirigen hacia los rescoldos de la hoguera. Me doy cuenta de que la imagen de la tarjeta que parece una ola es el viento, el viento que el Portador de la Simiente ha creado con su aliento.

El viento es la fuente de nuestro poder, esa es la conexión con la corona. Pero no sé qué significa la lápida. Las ganas de comprender se apoderan de mí y, por primera vez, estoy seguro de que esta noche me reuniré con mi familia y podré hacerles estas preguntas. Esa es la razón por la que Albión me dio el sobre. Sabía que necesitaría conocer la verdad.

Cojo la última tarjeta. La forma de un corazón rojo con dos lóbulos iguales representa la forma anatómicamente exacta de un corazón humano. Una mitad es roja, mientras que la otra tiene el horrible tono grisáceo de la carne putrefacta. Del corazón mana sangre.

Mi familia siempre ha dejado claro que el amor consume la vida. Es un mantra que se repite a menudo en casa. He oído a Estornino decírselo a la puesta de sol y escuché a Albión decirlo cuando hablaba de una historia trágica. Una vez Critias lo dijo para sus adentros mientras me miraba directamente. Es una advertencia, el abandono de una costumbre. Ahora esperarán que me lo diga a mí mismo, como un adulto.

—El amor consume la vida—susurro mientras me pregunto cuánta vida me queda por consumir.

Sin amor, seré fuerte y ágil, y tendré dieciocho años eternamente. Cada vez que deje entrar en mi alma el amor o la pasión, envejeceré un poco más. Los actos de extremo desapego —como abandonar a Shiloh— invierten el proceso de envejecimiento. Eso explica por qué mis tías y mis tíos tienen una edad comprendida entre cientos y miles de años. Fracasaron a la hora de frenar sus emociones a los dieciocho años, pero aprendieron a atenuarlas y compensarlas, de modo que ninguno de ellos aparenta tener más de cincuenta.

Me pongo a prueba. Pienso en su risa junto a la ventana del restaurante. Ese recuerdo me pone de rodillas. Me toco la cara con la convicción de que encontraré arrugas. ¿Soy mayor? ¿Lo siento? No siento nada más que el deseo de verla, de tocarla...

Van a saberlo. Intuirán la debilidad en mí. Llevaré escrito mi fracaso a menos que me deshaga de él ahora. Shiloh se levanta cuando me pongo en pie y apoya sus patas delanteras en mi pecho.

—Es fácil quererte —le digo—. Alguien hará mejor este trabajo que yo.

Shiloh ladra, pero no le acaricio la cabeza como me gustaría. Meto las tarjetas en el sobre y lo guardo de nuevo en el bolsillo. Camino por el claro y recuerdo una cosa que mis tías hacen con los gatos callejeros.

Tengo una fuerza que estoy olvidando. Puedo utilizarla para ayudar a Shiloh. Observo su cara con detenimiento y memorizo cada detalle antes de coger aire.

Cuando exhalo, apunto al corazón de Shiloh y lo levanto del suelo. Aúlla, pero no se resiste. Tiene los ojos clavados en los míos mientras se mueve, torpe y sin equilibrio, en el aire. No estoy seguro de qué hacer con él. Mi aliento nota su peso. Mis pulmones están haciendo un sobreesfuerzo. Si lo mando recto en una dirección, sin importar la distancia, volverá a encontrarme. Así que primero tengo que desorientarlo.

Concentro mi respiración y le doy vueltas como una peonza. Gimotea con el rabo escondido entre las patas y profiere un alarido de dolor.

Vacío los pulmones en una larga línea que se curva. Shiloh vuela por encima de las copas de los árboles desnudos, como un ángel extraño, moviendo las patas en el aire. Lo envío al oeste, hacia el límite del bosque donde ayer vi a una niña con un hula-hoop en un patio que daba a la calle.

Aunque ya no puedo verlo, me esfuerzo por concentrarme y bajarlo con cuidado. Ya está fuera de mi poder. Intento dar un último soplo para que trote hacia el patio de la niña, pero es demasiado tarde.

Ahora los dos seguimos caminos por separado.

Enrollo mi saco de dormir y comienzo el largo paseo para reunirme otra vez con mi familia.

Cuando llego están esperándome sentados alrededor de una hoguera perfecta mientras beben infusión de ortiga en unas tazas de hojalata. La noche es negra y gélida.

Aunque no me han visto, deben de haberme percibido porque, lentamente y al unísono, empiezan a aplaudir. Noto su aliento concentrado en mí mientras el poder de su inhalación compartida me levanta del suelo.

Al principio me elevo tres metros sobre la hoguera; luego, seis. Intento no pensar en Shiloh. No merezco tanta exaltación, está fuera de lugar. Mi familia se pone en pie y aplaude. La alegría sin precedentes dibujada en sus rostros los hace indistinguibles a la luz del fuego. En sus ojos brilla un sentimiento de orgullo que nunca había visto antes.

Observo mi sombra proyectada en el suelo junto al fuego. El control de la respiración de mis tías y mis tíos es infinitamente más preciso que el mío, y los envidia y odio por ello.

Exhalan y me bajan con cuidado. Mis botas tocan el suelo y siento de nuevo el peso de mi cuerpo. Tengo los ojos demasiado cansados para mirar a nadie.

Albión hace señas a los demás para que se sienten. Él y yo tenemos la misma altura, pero esta noche parece más alto.

—Tu Paso ha sido un éxito.

No es una pregunta.

—Ahora te sientes más ligero —me dice—. Más libre.

Me siento más pesado, esclavizado.

—Confías en tu papel e identidad en el universo.

Nunca me he sentido más solo o perdido.

—Tienes preguntas.

Lo miro a los ojos.

—Sí.

—Tómate tu tiempo. Puedes preguntar lo que quieras. Nuestros secretos son tuyos.

Me quito la mochila y la dejo caer lánguidamente. Busco dentro del abrigo y saco la primera tarjeta, que coloco en el suelo junto al fuego.

—Quiero saber el significado del número seis.

Albión asiente.

—Cuando nuestro antepasado...

Leander. Me pusieron su nombre. Es el primer Portador de la Simiente, del que descendemos.

—...escapó de los confines de la Atlántida —dice Albión—, avistó tierra en el Mundo de Vigilia y engendró seis hijos de seis mujeres. Esos fueron los Portadores de la Simiente originales. Tras la muerte de Leander se reunieron y juraron mantener a perpetuidad las lecciones de la Atlántida. A partir de ese momento, siempre ha habido seis Portadores de la Simiente vivos y así deberá ser siempre. Es esencial para nuestra fuerza.

Miro alrededor de la hoguera, a mis dos tías y a mis dos tíos. Cora, Critias, Estornino, Albión... y yo. Cinco en total.

—Falta alguien.

Espero a que se burlen de mí o cambien de tema, pero desde ayer la situación ha cambiado.

—Se llama Solón. —La mandíbula de Albión se tensa—. Es una deshonra para nuestra familia y por ello fue desterrado.

Así que ese es «el último», al que Albión dice que no me parezco.

—¿Qué hizo? —pregunto.

—El motivo por el que se le exilió fue por lo que no hizo —contesta Cora.

Albión le hace un gesto con la mano para que se calle.

—Pasó por la misma experiencia que acabas de completar y que todos nosotros también completamos. Pero Solón no pudo liberarse realmente. Una pasión lo esclavizaba, y probablemente aún lo haga.

Noto como me ruborizo.

—¿Dónde está ahora?

Albión mira a lo lejos, hacia el oeste, como si su vista pudiera cruzar el océano.

—No le temas; no es una amenaza. Su vida carece de sentido, pero debe vivir para asegurar las nuestras, que sí son importantes. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí. —A pesar de ser confuso, he llegado a comprender tantas cosas de mi familia que tengo una vaga noción de cómo los Portadores de la Simiente están inextricablemente enlazados los unos con los otros. Nuestra respiración nos conecta. Vivimos como un organismo, lo que significa que también morimos como uno solo —. Si uno de nosotros muere...

Albión asiente.

—Todos morimos.

—¿Cuánto tiempo hace que Solón se fue? —pregunto.

—Llevamos viviendo sin él casi setenta y cinco años. Su castigo es permanente y su exilio, irrevocable.

—Pero ¿no morirá?

Mis tías se ríen de esa manera tan cruel característica suya.

—No tiene los medios —dice Albión—. ¿Lo entiendes?

Las manos se me agarrotan cuando saco la segunda tarjeta del sobre. Mi familia asiente cuando la dejo en el suelo. La corona negra y la lápida son fantasmales a la luz de las llamas danzantes.

—Sí —afirma Albión—, el poder y la muerte provienen del aliento.

Espero a que continúe.

—Nos has visto muchas veces usar el Céfire, el nombre que se le da al poder de nuestra respiración colectiva. Es nuestra arma y nuestro escudo. Puede influir en las mareas y en el clima. No hay ningún poder comparable en este mundo. Tú también lo tienes. —Levanta una ceja—. ¿Has experimentado con él?

Intento no pensar en Shiloh.

—Sí.

—Mejorarás con el tiempo. El Céfire proviene de Leander. Entrelaza nuestras vidas, pero también es nuestra debilidad. Tan solo puede matarnos una sustancia, y basta con una simple inhalación. El veneno proviene de una extraña variedad de una planta conocida como artemisia. Mató a Leander y a cada uno de los once Portadores de la Simiente que han muerto, siempre de forma voluntaria, después del nacimiento de un Portador de la Simiente nuevo y más fuerte.

—¿Así es como murió mi madre? —pregunto.

Las miradas que se lanzan entre ellos me lo confirman.

No puedo dejar traslucir que me importa.

—¿De dónde sacáis la artemisia?

—Poseemos la única cantidad que queda en el Mundo de Vigilia.

Cora alza un pequeño cofre metálico. Ya lo había visto antes. Es una de las cinco reliquias de oricalco que se salvaron antes de la inundación. Mientras recorre con los dedos el cierre, la mano de Albión se posa en la de ella.

—Simplemente tienes que saber, Ander, que aquí está bien protegida. Tu vida no correrá peligro mientras este cofre permanezca con nosotros.

—Si es tan mortífera, ¿por qué no la destruis? —pregunto—. ¿Por qué la conservamos?

—La guardamos para ayudar a un Portador de la Simiente a abandonar este mundo cuando nace uno nuevo y más fuerte, como tú. La guardamos porque puede que algún día nos veamos obligados a preferir la muerte que la vida. Pero basta de charla pernicioso. Hay otra tarjeta.

La coloco junto a las demás. Parte de su pigmento rojo se ha quedado en mi bolsillo.

Albión espera.

—El amor consume la vida —digo.

Mi familia se inclina hacia delante, observándome.

—El amor es importante —afirma Albión—. El amor te convirtió en un hombre. El amor te curte, y los sentimientos de pérdida y dolor que acarrea te otorgan fuerza para poner distancia a las vulnerabilidades autoimpuestas. Sí, el amor te ha ido muy bien. Pero escucha con atención, Ander: el amor es un juego de niños. Para asumir tu lugar entre los tuyos debes demostrar que puedes desprenderte de él como una serpiente de su piel. Solo entonces vivirás para siempre, como nosotros.

—Puede que tengas algún desliz de vez en cuando. —Estornino levanta sus débiles hombros—. Pero es natural. No tardarás en dominarlo. Observarás el desfile de la vida durante los tiempos venideros. Entenderás mucho más que cualquier mortal. Reconocerás patrones y ciclos que sus mayores genios nunca podrán descubrir.

—Es asombroso como su corta esperanza de vida los mantiene corriendo en sus ruedas de hámster —dice Critias haciendo una mueca de repugnancia y poniendo los ojos en blanco.

Albión me observa detenidamente.

—Ya deberías notar alguna diferencia.

No puedo estar tan cambiado... pero ¿acaso se les da tan bien mentir? ¿Se han olvidado simplemente de cómo es? ¿Son hipócritas o están locos? Me consuelo pensando en Solón, el tío exiliado del que nunca había oído hablar. ¿Su error se asemejaba al mío?

—Cuando Solón fracasó, ¿por qué no lo sustituisteis por un nuevo Portador de la Simiente, igual que reemplazasteis a mi madre cuando murió? —pregunto—. ¿Por qué no lo matasteis en vez de simplemente condenarlo al exilio?

—Dímelo tú —responde Albión.

Pienso unos instantes hasta que de pronto lo comprendo.

—Es demasiado fuerte.

Mi familia se acerca a mí rodeándome en círculo.

—Demuéstranos que has cambiado —dice Cora, y mira a Estornino, que avanza sosteniendo algo envuelto en papel de aluminio.

Cuando retira el envoltorio, se eleva el vapor y un maravilloso aroma impregna el aire. Mete una cuchara en el plato oscuro y, con los ojos fijos en mis labios, dice:

—Abre.

Cierro la boca alrededor de la cuchara. La sustancia es dulce, caliente, crujiente y mantecosa. Algo fuerte e intenso se apodera de mí. La comida es tan deliciosa que apenas puedo tragar.

De repente recuerdo las mañanas frías de mi infancia, cuando Estornino me alimentaba con este plato. Me acuerdo del suave arrullo mientras me limpiaba las comisuras de la boca.

«Tarta de arándanos.» El recuerdo me llena de nostalgia.

Pero debo contener todo lo que siento.

—¿Qué te parece?

Ahora los ojos de Estornino no revelan la compasión que yo recuerdo. En eso consiste la Prueba. Hace años plantaron este recuerdo en mi interior. Me dieron tarta fingiendo amor, y ahora quieren saber si puedo superar el único recuerdo de consuelo y seguridad que tengo.

Pregunto de forma tan insulsa como me es posible:

—¿Qué es?

—Sobras —responde Cora lentamente—. Hemos creído que tal vez tendrías hambre.

—Nos gustaría que escucharas algo.

Albión le hace una señal a Critias con la cabeza para que pulse «Play» en un viejo radiocasete. La silenciosa noche se llena de música.

«Que los mortales guarden silencio.» Critias me llevaba a la iglesia de St. John para que escuchara cantar a Eureka. Esta canción a menudo hacía llorar a los feligreses sentados en los bancos de alrededor. Es insoportablemente hermosa, y reconozco a la perfección la voz de Eureka a los doce años. Incluso puedo distinguir cómo los aparatos en los dientes le distorsionan la voz. Quiero desvanecerme, caerme de bruces y gritar.

—Dinos qué sientes.

La voz de Eureka es tan firme que estoy a punto de volverme loco. Necesito hacer acopio de todas mis fuerzas para conseguir un tono monocorde.

—Estoy muy cansado. ¿Es una nana?

No quiero conocer a la persona que estoy simulando ser.

—Lo estás haciendo bien —dice Albión—. Ya casi estás. Queremos enseñarte una cosa más.

Sé lo que está sujetando antes de que le dé la vuelta a la fotografía. Intento mirarla sin verla. Es un primer plano de su sonrisa en la playa. Lleva una camiseta de tirantes naranja. Sus cabellos brillan con sus reflejos de verano. Sus ojos están más vivos de lo que yo jamás estaré.

Es evidente que he fracasado. Nunca la abandonaré, nunca renunciaré al amor. ¿Por qué no ven que el amor es mi principio y final?

—¿Y bien, Ander? —pregunta Albión—. Dinos qué te viene a la mente.

—Muerte.

Casi me atraganto.

A mi alrededor, mi familia sonríe.

—Sí, ella se lo ha buscado —dice Cora—. Aceptamos que estás listo.

—¿Estás preparado, Ander? —preguntan mis tíos y mis tías al unísono.

—Sí —respondo entrecortadamente.

—Bien. —Albión me agarra del hombro; el fio que irradia me estremece—. Estás preparado para matar a Eureka.

ellas.

Si quieres saber más sobre
y estar informado permanentemente de cualquier novedad, ahora puedes seguirnos en:

<http://www.facebook.com/ellasdemontena>

<http://www.twitter.com/ellasdemontena>

<http://www.tuenti.com/ellas>

Desde estas páginas podrás comentar los libros, compartir opiniones, leer entrevistas de tus autores preferidos, acceder en primicia a los primeros capítulos y muchas sorpresas más.



Lauren Kate creció en Texas, fue al colegio en Atlanta y empezó a escribir en Nueva York. Sueña con tener un perro y aprender a surfear. Es la autora de *Oscuros*, la saga de éxito internacional que ha sido traducida a más de treinta idiomas, y de *La última lágrima*, una irresistible nueva historia sobre el poder del amor.

Título original: *Last Day of Love*

Publicado por acuerdo con Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

Edición en formato digital: mayo de 2014

© 2013, Lauren Kate

© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2014, Noemí Risco Mateo, por la traducción

Adaptación del diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de cubierta: © Colin Anderson

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9043-285-3

Conversión a formato digital: M. I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Índice

[La historia de Ander](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Descubre la colección ELLAS](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)